

## Tribuna

## ¿Y ahora qué?



JULIO CÉSAR HERRERO

En momentos de incertidumbre en algunos casos y difíciles en otros. En cualquier caso, felices. Miles de jóvenes asturianos que han aprobado las pruebas de selectividad deben decidir qué debería ser de ellos el resto de su vida.

Si no pretenden abandonar su formación e intentar conseguir un puesto de trabajo, las opciones son, fundamentalmente, dos: la universidad o los ciclos formativos.

La decisión debería ser exclusivamente de ellos, que son quienes, desde este momento, abren un ciclo que condicionará su futuro, a diferencia del que han cerrado al finalizar el bachillerato. Quizá esta determinación sea la primera de gran calado que afecte a sus vidas.

La función de los padres debería limitarse al asesoramiento -sólo en el caso de que tengan conocimiento de lo que supone cursar una u otra cosa- pero en modo alguno deberían condicionar la toma de decisión.

Conviene evitar la tentación de proyectar sobre sus hijos sus propios deseos o, quizá, frustraciones. Descartarán así, con certeza, una de las

principales causas de abandono o de infelicidad.

Los futuros universitarios deberían responder algunas preguntas antes de optar por una u otra carrera. La primera: ¿qué me gusta? Mientras no encuentren una respuesta firme a este interrogante conviene no dar ningún otro paso.

La carrera no es más - ni menos - que la habilitación para acceder al mercado laboral. Probablemente no hay nada más gratificante que poder vivir haciendo aquello que te gusta. Por tanto, es absurdo estudiar algo que después no se vaya a rentabilizar o que condicione una vida que no se desea.

La segunda pregunta: ¿para qué creo que sirvo? Si la cuestión anterior es importante, ésta lo es aún más. Lamentablemente, el sistema educativo español no ayuda a encontrar la respuesta deseada.

No pocos estudiantes consideran que haber alcanzado una nota adecuada en la selectividad o disponer de recursos económicos que le permitan ingresar en la universidad donde quieran cursar sus estudios es suficiente. Se equivocan.

La calificación sólo le ofrece una situación ventajosa en aquellos centros en los que es mayor la demanda que la oferta y precisan establecer un criterio para decidir quiénes son admitidos y quiénes no. Pero la nota de selectividad en absoluto guarda relación con las aptitudes exigibles a quienes desean ejercer una profesión. El dinero, evidentemente, tam-

### La decisión de qué carrera universitaria estudiar corresponde exclusivamente a los hijos

### La idoneidad para cursar un grado no la determina ni una buena nota en selectividad ni los recursos económicos

poco.

Hay alumnos con un excelente expediente en el bachillerato, o con padres con poder adquisitivo o dispuestos a esforzarse, que estudian periódico pero que jamás han leído un periódico, detestan hablar en público, no tienen curiosidad por lo que ocurre... Sin embargo, cursan el grado y probablemente lo superen. Otra cosa es lo que el mercado haga con ellos.

En algunos países, cada facultad elige a sus futuros alumnos tras exigentes procesos de selección que incluyen pruebas específicas afines al área de conocimiento en el que se deseen formar y entrevistas personales en las que el aspirante debe dar explicaciones sobre por qué quiere cursar esa carrera y por qué desea hacerlo en esa universidad.

Tercera y última pregunta: ¿dónde

estudiar? Si el alumno vive en una comunidad autónoma con una sola universidad pública -y ha alcanzado la nota necesaria-, o si la falta de recursos económicos le impide estudiar en una privada, aunque quisiera, el interrogante tiene fácil respuesta.

En caso de que existan varias universidades públicas, pueda optar entre un centro público y uno privado, o la calificación de selectividad no le permita acceder a la pública y opte por una privada sin nota de corte, entonces debería averiguar las siguientes cuestiones, hablando con alumnos que hayan estudiado en ese centro, con profesores y con profesionales en ejercicio: ¿Cómo está diseñado el plan de estudios? ¿Es más teórico o práctico? ¿Se ajusta a lo que demanda la profesión? ¿Qué tipo de convenios tiene con las empresas? ¿Se garantizan las prácticas externas? ¿Desde qué curso? ¿Cuántos alumnos hay por clase? ¿De qué infraestructuras disponen? ¿Cada cuánto y en qué condiciones pueden hacer uso de ellas los alumnos? ¿Quiénes imparten las asignaturas? ¿Cuál es la relación entre la oferta y la demanda de becas para estancias en el extranjero y cuáles son los requisitos para optar a ellas?

Es mejor responder a estas preguntas que tener la sensación de haber perdido el tiempo.

PARTICIPA EN:

[opinion@lavozdeasturias.com](mailto:opinion@lavozdeasturias.com)

## Bala perdida

SILVIA UGIDOS



## Peces termómetro

Por qué íbamos a perder la chaveta ahora por saber que las altas concentraciones de mercurio en los peces grandes no son aconsejables para una alimentación equilibrada.

Todo el mundo (algunas partes más que otras) sabe lo perjudicial que es una dieta poco rica.

Lo atestiguan esos esqueléticos cuerpos subdesarrollados que pululan por documentales televisivos que nunca se emiten a la hora de la siesta y solo ven cuatro concienciosos, que es como decir chalados. Eso, al menos en algunas generaciones, ya lo superamos con creces en la infancia, cuando el recurso maternal para estimular la conciencia de la época y la urgencia de que se acabara lo que había en el plato, se apelaba al hambre que pasaban tantos "negritos en el África".

Qué nos va a importar que el atún ni el pez espada formen parte gigantesca de la cadena trófica o catatrófica. Hartos como estamos de lejanas imágenes de niños desnutridos con barrigas infladas a los que se comen las moscas o de gente del-

gada tirando a huesuda que recorre diariamente varios kilómetros para beber agua envenenada, qué puede significar que ahora las espina-cas tampoco sean aconsejables para enanos de menos de tres años. Mejor para ellos, que a lo mejor no saben quién es Popeye, y no tendrán que tragar el mandato de hacerse fuertes a costa de las tan nostálgicamente odiadas espina-cas.

Qué diablos nos importa eso ahora, ahítos como estamos por no decir hastiados, de que nos den la vara con el patetismo de las espaldas encorvadas sobre surcos de tierra donde crecen los trigos que se transformarán, innovadoramente, en carburante para el motor insomne de Occidente.

Dice una cifra redonda que hay más de mil millones de personas que pasan hambre ¿Qué son mil millones de personas, además de una

masa lejana y abstracta, si ni siquiera somos capaces de dar forma humana a las cifras más concretas y cercanas de nuestras deudas?

Y esto sucede en un contexto en el que ya se podría alimentar a toda la población mundial, pero ¿Para qué íbamos a querer algo así? ¿Qué sería de la literalidad de la expresión muertos de hambre?

Parapetados como estamos en la idea de que la desgracia de unos es la fortuna de otros y en que la ley natural dice que el pez grande se come al chico, qué podrían importarnos esas enormes fauces en el fondo del mar, donde están las llaves enterradas por un limo enriquecido con toneladas de estroncio.

PARTICIPA EN:

[opinion@lavozdeasturias.com](mailto:opinion@lavozdeasturias.com)

## Lectores



## La fidelidad a uno mismo

Lo peor que le puede pasar a una especie es que se desvincule de la lealtad para consigo mismo y tome una actitud de engaño y de traición permanente, que es lo que hoy se lleva para desgracia de todos. Es terrible que el ser humano no se pueda fiar de su propio ser humano. Vivimos en el chisme permanente, en la fábula de los embustes. La sociedad está apuñalada por los embusteros. La palabra dada es un envoltorio vacío en una cultura mediocre a más no poder que simula la verdad permanentemente. Pueden ser muchos los pactos y los compromisos que se adquieran, y de hecho se hacen, pero si la fidelidad no se cultiva de manera auténtica, porque al fin y al cabo es una actitud creativa, difícilmente se van a cumplir las promesas que se lancen. Ya se sabe que las palabras que no van seguidas de veracidad, es un sinsentido sembrarlas; aparte de que pueden hacer mucho daño, también deshacen confianzas ganadas.

Uno tiene que ser fiel a uno mismo para crecer como persona y no caer en la bajeza de un charlatán. La fidelidad que uno se done para sí, también es la medida de la fidelidad que se dona al otro. Esto sólo se consigue si nos miramos con los ojos del corazón. El mundo arde en violentos enfrentamientos que nos impiden ver la franqueza de los labios que son sinceros. Por suerte, aún cuando nuestra fidelidad haya decaído, no por eso se tambalea la fidelidad innata que mueve el universo en el que nos movemos y vivimos. Es cuestión de pararse, de tomar aliento, y de ver, que a la hora de la verdad, lo único que nos conmueve es la sinceridad. La hipocresía es el colmo de todas las maldades, dijo Molière. Sólo en un mundo de personas sinceras es posible mantener la unión. Y consecuentemente, ser fiel a la verdad nos interesa a todos, por esa unidad que vierte el planeta por todos sus costados. Una cultura no alcanza su plena madurez sino suma fidelidades a los valores humanos. Asimismo, las relaciones internacionales entre países son inseparables de la fidelidad a los valores democráticos, a los derechos humanos, a la no discriminación y a la igualdad efectiva entre las mujeres y los hombres de todo el planeta.

VÍCTOR CORCOBA

Para escribir a esta sección:

[lectores@lavozdeasturias.com](mailto:lectores@lavozdeasturias.com), o bien calle de la Lila 6, 33002 OVIEDO. Las cartas no deben sobrepasar las 10 líneas y los autores deben identificarse con su número de DNI y sus datos completos.